



CARTA DEL SR. OBISPO



*El triunfo de la vida*



Queridos hermanos:

La resurrección de Jesús que, en este tiempo, celebramos de una manera especial, pertenece también al misterio de la Pascua del Señor, de la que os hablaba el domingo de ramos. La "pascua" de Jesús es "paso" de la muerte a la vida. El anuncio de que este paso ha tenido lugar es el *núcleo central* de la predicación de los apóstoles. En la liturgia de los días de Pascua vamos a proclamar insistentemente ese anuncio apostólico, en la lectura de los Hechos de los Apóstoles: "Dios ha resucitado a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándolo de un madero". En la resurrección de Jesús Dios lleva a término su obra, ofreciéndonos a todos la posibilidad de una salvación integral.

Jesucristo resucitado es el *origen y término de nuestra esperanza*. Como resucitado vive entre nosotros, haciendo posible nuestro acceso real a Él. Como resucitado, está presente en los sacramentos, en los que actúa mediante la gracia de su Espíritu y el ministerio de su Iglesia. Como resucitado, nos acompaña en nuestro camino de fidelidad y en la maduración de nuestra fe. Como resucitado, cumple la promesa de "estar siempre entre nosotros hasta el final de los tiempos". Como resucitado, nos envía el Espíritu para que realice en nosotros la misma obra de salvación. Jesucristo resucitado es, en efecto, *el origen de nuestra salvación*.

Pero Él es también *la meta de nuestra esperanza*. Nos recuerda San Pablo que Dios resucitó a Jesús como "primicia de los que vamos a resucitar". Las "primicias" eran aquel manojito de primeras espigas que, consagrados a Dios, realizaban la consagración de toda la cosecha. Por eso, el mismo San Pablo recordará a los cristianos: "ya que habéis resucitado con Cristo..." No se nos debería olvidar nunca, sobre todo cuando experimentamos con más fuerza el "aguijón de la muerte": por el bautismo hemos sido incorporados a la resurrección del Señor. Se ha plantado en nuestro corazón la semilla que, cuando muere, lo hace para dar más fruto, no para quedar infecunda.

Solemos decir que "mientras hay vida, hay esperanza". Yo os invitaría a afirmar también que *mientras que hay esperanza hay vida*. Nuestra esperanza de vida arraiga en el profundo deseo de "eternizar" lo bueno que experimentamos como realización personal. Nos parece que hay cosas que no podrían ni deberían terminar. Nuestra vida personal, a pesar de los momentos duros, tiene también esos momentos de plenitud y de gracia. Ese es el suelo humano donde arraiga la esperanza. Pero *la garantía de una esperanza que no defrauda* es la resurrección de Jesús. Encomendándose a las manos del Padre en la cruz, Jesús está seguro de poner su muerte en las manos del Dios de la vida. De aquel momento dirá la Carta a los Hebreos: "el mismo Jesús, en los días de su vida mortal, presentó oraciones y súplicas con grandes gritos y lágrimas a Aquel que podía liberarlo de la muerte, y fue escuchado en atención a su actitud reverente". De este texto nos dice Juan Pablo II en su exhortación para el nuevo milenio: "la resurrección fue la respuesta del Padre a la obediencia de Cristo".

El origen y la esperanza se nos convierten en *presencia*. Nos recuerda también el Papa cuál es el origen y la meta de nuestro caminar cristiano: después de dos mil años de estos acontecimientos, la Iglesia los vive como si hubieran sucedido hoy. En el rostro de Cristo, ella contempla su tesoro y su alegría... Animada por esta experiencia, vuelve a emprender hoy su camino para anunciar a Cristo al mundo.. El es el mismo ayer, hoy y siempre".

A todos, queridos hermanos de nuestra diócesis de Ciudad Real, os deseo una feliz Pascua de Resurrección.

Vuestro Obispo

*Jesucristo resucitado es el origen y el término de nuestra esperanza*



*La garantía de una esperanza que no defrauda es la resurrección de Jesús*



*En el rostro de Cristo, la Iglesia contempla su tesoro y su alegría*

